

MOLINUEVO, J. L.: *El idealismo de Ortega*. Narcea Ediciones. Madrid, 1984, 172 pp.

La aparición de este libro se inscribe en el contexto de la conmemoración del centenario del nacimiento de este pensador. En «El idealismo de Ortega» el autor comienza planteándose el sentido profundo de tal conmemoración desde el interior del propio discurso orteguiano a partir del fértil principio hermenéutico que, en la filosofía de Ortega, desempeñó la idea de «salvación» entendida como: un método intelectual de aproximación a los clásicos, una idea básica que configura la relación del yo con la circunstancia y un concepto clarificador del papel de la Filosofía en tanto «saber de salvación» ante el naufragio en que consiste la vida.

Ortega entendía la «salvación de los clásicos» como un ejercicio crítico al que había que acercarse sin «beatería intelectual» siguiendo los tres elementos en que se articula la «biografía intelectual» de un pensador: lo que fue, lo que tenía que haber sido y lo que es para nosotros. Desde esta triple perspectiva se acerca, pues, Molinuevo a Ortega preguntándose si es verdaderamente un clásico, si está vivo o necesita ser «salvado», si, en definitiva, sigue Ortega siendo una «circunstancia» nuestra. Sin el planteamiento de estas preguntas cualquier conmemoración de este tipo no pasa de ser inútil, estéril y olvidadizo recuerdo.

Así pues, ¿qué es lo que Ortega tenía que haber sido?: el constructor de un pensamiento sistemático de expresión circunstancial basado en la intuición de la vida como realidad radical e iniciando su camino en el rechazo del idealismo para superarlo posteriormente. Ahora bien, ¿lo fue realmente? y, si no lo fue, ¿merece, entonces, ser salvado?

Ya desde las primeras páginas Molinuevo nos avanza su respuesta de forma tajante: «Ortega pretende sin éxito, superar la dicotomía sujeto-objeto en el peregrinar (de ida y vuelta) del yo a la vida, mientras ésta sigue escindida entre un sujeto-intimidad y la circunstancia» (p. 19). La cuestión de la salvación de Ortega se hace, desde la interpretación ofrecida por Molinuevo, cuanto menos problemática: «La ruptura con el idealismo y su método de salvación cobra sentido en el intento de recuperación crítica de nuestra propia historia no idealista, pero no en su desarrollo y conclusiones, pues la crítica orteguiana al idealismo no es radical y su superación es ambigua» (p. 20). Demostrar esta afirmación será el proyecto de todo el libro.

De este modo, para Molinuevo, Ortega no sólo fracasa en su intento de superar el idealismo, sino que no logra salir de él, oscilando así en su trayectoria filosófica entre el idealismo ético-estético de su primera época sintetizando en la frase «Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo» y un idealismo de carácter gnoseológico-metafísico en su segunda época, resumido en la sentencia: «Vivir es encontrarse a sí mismo en el mundo». Ambas etapas del pensamiento orteguiano que-

dan radicalmente separadas por «Qué es filosofía», en cuyas lecciones se manifiesta la deuda que Ortega mantiene con Heidegger.

En cuanto al primer período del pensamiento orteguiano, es precisamente la lectura completa de la conocida sentencia «Yo soy yo y mi circunstancia», es decir, citando asimismo «... y si no la salvo a ella no me salvo yo», la que da pie a Molinuevo a considerar su interpretación como únicamente inteligible desde el contexto del idealismo estético que imputa a Ortega. Mediante un pormenorizado análisis de los componentes de dicha sentencia orteguiana el autor manifiesta que la salvación, es decir, la posesión de la circunstancia por el yo, es entendida por Ortega como un modo de ser del yo y la circunstancia y, por tanto, es sólo salvando la circunstancia como se salva el yo. Ortega pretende, pues, la coexistencia del yo y la circunstancia, pero ¿cómo reconciliar entre sí a éstos dos mundos que tan distantes se han mantenido a lo largo de la historia del pensamiento? La solución al conflicto la busca Ortega rechazando el imperialismo del concepto sobre la realidad propia del idealismo, es decir, dejando que las cosas adquieran la plenitud de su significado, para descubrirlas y apropiarse de ellas porque, en la medida en que el yo las posee, se autoposee. El poseer, salvarse en las cosas, se efectúa en Ortega por diversos caminos: por el concepto y la cultura, por el goce estético y por la acción. El concepto es entendido por Ortega como el símbolo que, imitando las cosas, busca identificarse con ellas borrando, así, la distancia que media entre el sujeto y el objeto, entre el yo y la circunstancia, creando la comunicación entre ambos. Esto es precisamente lo que Ortega cree que se consigue en el arte: borrar la diferencia, superar el principio de individuación y crear, así, la ficción de la totalidad sin negar la diferencia. La mejor expresión de esta identificación es la metáfora, la cual reconstruye estéticamente lo real.

Lo que Molinuevo considera como el idealismo estético de Ortega se transforma, a decir de aquél, en un idealismo ético mediante la salvación del yo y la circunstancia en la acción, lo cual queda expresado por Ortega en la metáfora existencial del «hombre deportivo». Con él nace un nuevo ethos que pretende superar la antinomia acción-contemplación y ser-deber del idealismo romántico. Frente a éste, el ethos de la primera etapa del pensamiento orteguiano se funda en la ética de la ilusión, de la existencia metafórica, de la espontaneidad y plenitud. Así, frente al espíritu utilitario del burgués trabajador, frente al hombre masa de la sociedad industrializada, Ortega propone la salvación en la ética del espíritu guerrero, del hombre aristocrático.

El contraste de esta actitud ética con la de Baroja, lleva a Molinuevo a desarrollar los capítulos más bellos del libro. Frente a la orteguiana ética de la ilusión, la desesperanza barojiana; frente a la actitud jovial, ilusionada y deportiva, la actitud desengañada de aquel que ha visto y vivido lo grotesco de la vida. Es, en definitiva, nos dice el autor, el conflicto entre las dos opciones claves entre las que oscila el intelectual: la «ac-

ción» por la que apuesta el orteguiano hombre deportivo, la «contemplación» abúlica y desinteresada de aquel que posee la negación como sensibilidad y considera la farsa de la vida social.

La crítica de Molinuevo a lo que él considera el idealismo ético-estético orteguiano es contundente: Ortega cae en los mismos errores que achaca al idealismo que rechaza, tanto al suplantar lo real por lo ideal en un intento de huir de lo real a través de la existencia metafórica, como al defender un «perspectivismo» (esa «ceremonia de la confusión») como vía de acceso a la moral o verdad únicas, lo que no es más que el solapado despotismo de la totalidad.

El período intermedio que separa las dos etapas del pensamiento orteguiano se explicita fundamentalmente en las últimas lecciones de «Qué es filosofía», en las cuales ya no pervive el sentido estético de la vida, en el que la filosofía desempeñaba el generoso papel de perfeccionar la circunstancia, sino que, tras la crítica a la «res cogitans» cartesiana, se pasa a describir la «res dramática» como anuncio del «cogito quia vivo». El papel del pensamiento será, ahora, el de salvar la vida, y ésta no será ya el objeto final de la Metafísica, sino su inicio.

En este contexto de la reforma de su filosofía nace lo que Molinuevo define como el idealismo gnoseológico-metafísico de su segunda etapa, el cual queda representado por las sentencias «Vida es encontrarse a sí mismo en el mundo» y «Vida es estar el yo en la circunstancia», enunciados claves en el pensamiento orteguiano que, al igual que «Yo soy yo y...», pretendiendo superar el idealismo, afirma Molinuevo, le encierran en él. El autor las analiza a la luz de lo que para Ortega eran las categorías básicas de la vida: el «encontrarse», el «estar en» y el «existir». El primero de estos conceptos, según el análisis interpretativo de Molinuevo en función del «cómo» y el «cuándo» del «encontrarse», reflejan a un Ortega oscilante entre el Realismo («el hombre que conoce y decide su ser interpretando y construyendo el mundo») y el Idealismo («pero sólo reparo en mí cuando, después, me aparto y retiro del mundo»). Esta misma dualidad irreconciliable vuelve a encontrarla el autor en su análisis del «estar en» y del «existir», pues Ortega plantea las relaciones «yo-mundo», según el esquema «dentro-fuera» común al Realismo y al Idealismo: el mundo como total exterioridad y el hombre como total interioridad, «sí mismo» constituido por sus ideas. El papel que en esta relación mantiene el yo parece querer volver al idealismo estético-ético de la primera etapa, pues ambos factores cobran un carácter eminentemente ético y ontológico, aunque de un signo ya no optimista, sino claramente pesimista: esa circunstancia considerada como proyecto abierto para la posesión del yo se convierte en un «proyecto proyectado sobre nosotros en forma de destino», el yo es considerado ahora como un «imperativo de autenticidad» que se rige por el «tener que ser» de la vocación personal, mientras que la circunstancia se convierte en el conjunto de facilidades y dificultades para llevar a cabo tal imperativo. Este «tener que ser» del nuevo ethos

orteguiano, nacido como alternativa al ethos idealista es tan utópico, ucrónico y falso, según Molinuevo, como el «deber ser» de la vieja moral. Por eso el hombre es entendido por Ortega como la «existencial metáfora», es decir, como el perpetuo intento de huida del «sí-mismo» agobiado por los problemas y dificultades que la circunstancia le opone ante el desarrollo de esa ontología ética de la autenticidad, al tener el hombre que ser el que ya es, ante la obligación de tener que seguir el apriori mandato por la vocación personal frente a una circunstancia tan ajena y trascendente al yo que se le impone fatalmente. La circunstancia pasa de ser el acompañante dócil de la primera etapa de su pensamiento a revelarse como nuestro destino inexorable y fatal.

En definitiva, en esta reflexión sobre el sentido del centenario de Ortega, sobre su sentido ético y estético de la vida, Molinuevo ofrece una interpretación nada convencional del pensador. A veces las críticas que dirige a Ortega y sus discípulos son excesivamente duras, pero este libro constituye un esfuerzo notable por construir otro punto de vista que amplie nuestras «perspectivas» ante lo que otros estudios sobre Ortega no han ya enseñado ya que, la totalidad, como conjunto de perspectivas sobre Ortega, no la posee una época, una escuela o un autor, si no que se va haciendo con la historia tal y como el propio raciovitalismo de Ortega nos diría.

Trinidad ALER GAY

GARCÍA BACCA, JUAN DAVID: *Antropología filosófica contemporánea (Diez Conferencias)*, 1955. (Barcelona, Anthropos-Ed. del Hombre, 1982.) 190 pp.

ID., *Antropología y ciencia contemporáneas (Curso de diez lecciones)*. (Barcelona, Anthropos-Ed. del Hombre, 1983.). 182 pp.

La Editorial Anthropos ha iniciado la reedición de obras y escritos del filósofo navarro García Bacca [G. B.], cuya actividad principal se ha desarrollado fuera de las fronteras de nuestro país. La primera de las obras indicadas [AF] fue previamente editada en 1957 en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas; la segunda [AC] también en Caracas en 1962.

En ambas obritas G. B. aparece como un conferenciante inteligente, brillante, sin ampulósidades, con un estilo similar al de Ortega (si bien no tan rico desde el punto de vista literario), que sabe utilizar con profusión, seguridad y claridad datos científicos de muy diversa índole (fruto de sus estudios al respecto, especialmente en Zürich), que dan a sus conferencias una justeza y precisión dignas de toda loa.